



La fortificación de La Bastida y los orígenes de la violencia militarizada en Europa

V. Lull, R. Micó, C. Rihuete Herrada y R. Risch

Introducción

El origen de la violencia física institucionalizada plantea un tema de enorme y permanente interés, tal vez porque los sangrientos conflictos de nuestra época nos han hecho ver lo mucho que ha influido en el curso de la historia. Conocer las circunstancias que propiciaron, detonaron y rodearon los conflictos permite comprender mejor el mundo en que vivimos, porque nos enseña cómo la violencia ha ido modelando maneras de pensar, sentir y relacionarnos que aún nos aprisionan, pese a que mucha gente se proclame “libre”.

Vista del cerro de La Bastida desde el sureste. A la izquierda, el barrio residencial excavado entre 2009 y 2011; a la derecha, abajo, el sistema de fortificación descubierto en la campaña de 2012 (© ASOME-UAB).

Las investigaciones recientes en La Bastida han sacado a la luz un sistema de fortificación de carácter monumental, construido hacia el 2200-2150 antes de nuestra era (a.n.e.). La enorme inversión de trabajo en su construcción y mantenimiento, sus elementos arquitectónicos innovadores y las tácticas de asedio y de combate que inauguró, abren una ventana inesperada al conocimiento de una sociedad (llamada de “El Argar”), que dominó los territorios del sureste de la península Ibérica hasta aproximadamente el 1550 a.n.e.

Antes de describir sucintamente los hallazgos recientes, conviene refrescar algunos datos básicos del yacimiento. La Bastida se ubica en un cerro de 450 m de altura sobre el nivel del mar, en la confluencia entre las sierras de La Tercia y Espuña, y a unos 3 km al norte de la vega del Guadalentín. Fue uno de los primeros yacimientos de la Edad del Bronce peninsular en ser excavado y dado a conocer internacionalmente en 1869. Tras diversas campañas de excavaciones a lo largo de estos 144 años, y sobre todo gracias a los descubrimientos recientes en el marco del “Proyecto La Bastida,” no cabe duda de que este asentamiento fue uno de los más importantes de Europa en su época por su extensión, duración, arquitectura, urbanismo y, además, porque fue un centro político y económico de primer orden que extendió su dominio por buena parte del sur de la actual Región de Murcia. Fue, en definitiva, una de las primeras ciudades de Occidente.

La Bastida fue habitada durante unos seis siglos (entre 2200 y 1550 a.n.e.), a lo largo de los cuales la fisonomía de la ciudad experimentó cambios sustanciales. Las excavaciones realizadas en los últimos cuatro años han permitido identificar tres fases de ocupación principales.

•Fase I (aprox. 2200–2000 a.n.e.). El asentamiento estaba compuesto por un número elevado de pequeñas cabañas de perímetro curvilíneo, levantadas a base de barro y postes de madera. Además, un número menor de edificios más espaciosos, contruidos con muros rectos de piedra, pudo desempeñar funciones de carácter comunitario. Entre estas construcciones, figura el sistema de fortificación del que nos ocuparemos en el siguiente apartado. Hasta el momento, no hemos descubierto tumbas de esta época.

•Fase II (aprox. 2000–1850 a.n.e.). Las cabañas dejaron de ser habitadas y, en su lugar, se erigieron edificios de piedra. Cabe destacar la habilitación de una

balsa de grandes dimensiones, con capacidad para unos 300.000 litros, situada en una suave hondonada en la ladera baja suroriental. Las primeras tumbas conocidas de La Bastida datan de esta etapa.

•Fase III (aprox. 1850–1600/1550 a.n.e.). Fue, sin duda, la fase de mayor extensión y apogeo. La trama urbana mostraba una densa red de edificios de planta rectangular, trapezoidal o absidal, cuyas superficies oscilan entre 10 y más de 70 m² y donde se distribuían las actividades de producción, almacenamiento y consumo. Sus gruesas paredes estaban levantadas en piedra y revocadas con una capa de argamasa que contenía proporciones cambiantes de cal. Los edificios ocupaban terrazas artificiales dispuestas paralelamente a lo largo de las laderas del cerro y en una extensión de unas 4,5 hectáreas. La gran balsa tuvo en estos momentos un dique rectilíneo de 21 m de longitud y una media de 3 m de anchura. La población de esta época rondó los 1.000 habitantes, y su conocimiento en profundidad es posible gracias a las docenas de tumbas halladas bajo el suelo de los edificios. Se trata de sepulturas de inhumación que acogen uno o, con menos frecuencia, dos cadáveres, colocados en posición flexionada en el interior de recipientes de cerámica, cistas (o “cajas”) de piedra y fosas. Con frecuencia, junto a los cadáveres se depositaron ofrendas de composición variable, que suelen incluir recipientes de cerámica, armas, útiles y adornos de metal (cobre, por lo general y, raramente, pequeños ornamentos de plata). La vajilla cerámica, así como el instrumental de piedra y de metal respetaban normas de fabricación estables, probablemente ejecutadas por especialistas. La Bastida fue capaz de atraer materias primas de procedencia lejana, como rocas volcánicas y metamórficas para fabricar molinos, martillos, yunques o afiladores; cobre y plata para la producción de armas, herramientas y adornos, e incluso marfil para su transformación en botones. En estos momentos, La Bastida era la capital de una

entidad política de carácter estatal, en cuyo seno convivían varias clases sociales: una, dominante y explotadora, que defendía sus privilegios con las armas; otra, mayoritaria en número, que identificamos como “pueblo llano” con ciertos derechos y, por último, una población servil o esclava.

Hacia 1550 a.n.e., La Bastida fue abandonada, al parecer sin signos de violencia. Más tarde, el lugar sólo fue frecuentado esporádicamente en época romana y en la Alta Edad Media.

El sistema de fortificación de La Bastida

Las excavaciones iniciadas en abril de 2012 en un sector a baja altitud de la ladera oriental depararon el hallazgo de un sistema de fortificación de carácter monumental (láminas 1, 2 y 3). El primer elemento en ver la luz fue una línea defensiva (“Línea 1”), formada por lienzos de muralla de hasta 3 m de anchura a cuyo exterior se adosan cinco torres macizas de perfil troncopiramidal (lámina 4). Promedian unos 4 m de anchura y se proyectan entre 3 y 3,50 m respecto a la cara externa de los lienzos de muralla. Las torres nº 1 a 4 están separadas por distancias muy cortas (entre 2,80 y 4,70 m). Teniendo en cuenta el volumen de las piedras en los estratos de derrumbe que hemos excavado en el exterior, la altura original de la Línea 1 habría sido, cuando menos, de 5 m. Hasta la fecha, su trazado ha podido documentarse a lo largo de 45 m, desde el punto más bajo muy cerca del barranco Salado y siguiendo pendiente arriba de forma casi perpendicular al curso de éste. Si proyectamos este trazado hasta alcanzar y rodear la cima del cerro, la Línea 1 habría alcanzado unos 375 m, superando desniveles de en torno al 40%.

Casi en paralelo respecto a la Línea 1, apareció una segunda línea de muralla (“Línea 2”). Esta línea posee dos bastiones cuyo perímetro presenta una forma de cuarto de círculo y algo menos de 3 m de anchura. Ambas líneas definen una entrada estrecha, que sufrió varias modificaciones constructivas a lo largo de su uso. En todas ellas, dispuso de grandes postes de madera para encajar el portón y, a la vez, consolidar los muros laterales y sustentar posibles altillos de madera. La entrada da paso a un corredor o pasillo al aire libre que fue rellenándose de sedimentos, residuos variados y materiales constructivos a lo largo del tiempo.

La Línea 2 se asocia a una torre troncopiramidal de 4 m de anchura, conservada en una altura de 2,5 m. En su cara oriental se abre un hueco cuyo contorno traza un arco apuntado de 1,5 m de altura y 0,85 m de anchura en su base. Pese a que la excavación del sedimento interior no ha concluido y, por tanto, no es posible ofrecer un diagnóstico concluyente, el hueco asemeja el de una poterna, es decir, el de una puerta secundaria con un posible uso defensivo.

Las dataciones de Carbono 14 indican que la fortificación se encontraba ya en pie hacia 2200-2100 a.n.e., es decir, hace más de 4.000 años. Su inesperada antigüedad y el impresionante alzado conservado de muros y torres, convierten este hallazgo en uno de los más importantes de la arqueología europea de los últimos años.

Una fortificación planificada con astucia.

El análisis preliminar indica que quienes levantaron el sistema de fortificación poseían profundos conocimientos arquitectónicos y militares. En primer lugar, hay que tener en cuenta el propio emplazamiento

del cerro de La Bastida, cuyas laderas sur, este y oeste brindan defensas naturales al estar cortadas por barrancos. Por esta razón, no es casual que la fortificación cierre la única vía de acceso fácil, la septentrional. Así, cualquier grupo atacante que llegase desde el norte, siguiendo un trecho del barranco Salado, toparía con la Línea 1. Su trazado sureste-noroeste en rampa obligaría al hipotético grupo asaltante a aproximarse a muros y torres cuesta arriba, realizando un esfuerzo adicional. Una vez alcanzado el pie de la fortificación, la cercanía entre las torres conferiría una gran ventaja al grupo defensor, que podría hostigar al enemigo hacia tres de sus flancos y a muy corta distancia.

Si en lugar del asalto directo a la Línea 1, el grupo atacante optase por forzar la puerta de entrada, se encontraría con nuevas argucias que le mantendrían en desventaja. Primero, la entrada no se divisa desde el itinerario seguido al acercarse, ya que está oculta por detrás de la Torre 1. Ello forzaría a encararla bordeando el pie de esta torre y, por tanto, dejando próximo y desguarnecido el flanco derecho del cuerpo que, como sucede en las personas diestras, es el del brazo que sujeta el arma de ataque, pero no los eventuales elementos de protección. Por si fuera poco, la entrada se abre a pocos metros del barranco Salado, lo cual impediría reunir delante de ella un elevado número de atacantes. De esta manera, se habría dificultado el manejo de un ariete o, en definitiva, la concentración y aplicación de la fuerza necesaria para derribar la puerta de madera. Si, pese a esta dificultad, el grupo agresor consiguiese hacerlo, todavía debería atravesar el estrecho corredor conformado por las líneas 1 y 2, desde cuyas partes superiores podrían seguir lanzándose proyectiles. Por último, si la interpretación preliminar de la poterna fuese correcta, el grupo defensor podría realizar salidas puntuales para sorprender por la espalda a quienes estuvieran franqueando o tratando de franquear la entrada.

¿Cuál es la importancia de la fortificación de La Bastida para el conocimiento de nuestro pasado?

La Bastida no ofrece el primer ejemplo de estructuras defensivas en piedra de la prehistoria de la península Ibérica. Desde aproximadamente el 3.000 a.n.e., en el periodo conocido como “Edad del Cobre” o “Calcolítico”, diferentes sociedades levantaron recintos defensivos. En ocasiones, estas construcciones supusieron una gran inversión de esfuerzo, como se aprecia en los poblados de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería), Marroquíes Bajos (ciudad de Jaén) o Zambujal (Torres Vedras, Portugal). En Murcia no son tan abundantes como en otras regiones meridionales, siendo el Cabezo de la Cueva del Plomo (Mazarrón) el más conocido. Por lo general, los poblados fortificados de la Edad del Cobre se sitúan en entornos predominantemente llanos, como terrazas fluviales. Suelen presentar una o varias líneas murarias sucesivas, a menudo aproximadamente concéntricas, y resulta frecuente que al exterior de cada una se adosen bastiones huecos de contorno curvo. Los hallazgos realizados en algunos de estos bastiones no se diferencian de lo que podría encontrarse en una vivienda normal de los mismos poblados.

A partir, aproximadamente, de 2500/2400 a.n.e., se incrementó la violencia y la fragmentación social de las comunidades de la Edad del Cobre, por causas que aún desconocemos. Uno o dos siglos más tarde, los asentamientos fortificados del mediodía peninsular habían sido destruidos o reorganizados radicalmente. A pesar de la proximidad geográfica y temporal respecto a algunos de los mejores ejemplos de la tradición defensiva calcolítica, la fortificación de La Bastida muestra indicios de una neta ruptura:

a) La construcción de torres macizas troncopiramidales constituyó una innovación arquitectónica. De forma sorprendente, la edificación de bastiones huecos de

perímetro semicircular o en herradura, tan extendidos en el Calcolítico, fue olvidada o ignorada.

b) Las defensas calcolíticas prestaban una atención especial a la arquería. Es sabido que las puntas de flecha de sílex proliferan en los poblados y tumbas de este periodo. Como regla general, puede decirse que, cuanto mayor sea el rango de alcance de un arma (en este caso, arcos y flechas), mayor espaciamiento puede darse entre bastiones. Dos premisas sustentan este razonamiento: (1) las estructuras de defensa avanzada brindan una clara ventaja al grupo defensor porque obligan al atacante a estar pendiente de sus flancos, pero incrementan mucho el esfuerzo en obras de construcción; (2) usar armas arrojadizas capaces de causar daños letales a distancia permite espaciar los bastiones, porque se obtiene la misma ventaja señalada en el punto anterior pero invirtiendo menos trabajo en labores de edificación. En comparación con los sistemas defensivos de la Edad del Cobre, el de La Bastida fue muy “caro” en términos de esfuerzo edilicio, sobre todo por el elevado número de torres macizas. Esta elección pudo estar relacionada con una nueva estrategia basada en el uso de armas con un radio de acción corto (piedras lanzadas como proyectiles, bastones, etc.). Seguramente no fue casual que, a partir de 2200 a.n.e. desapareciesen las puntas de flecha de sílex, que escaseasen los ejemplares de cobre, y, en cambio, que comenzasen a proliferar las alabardas, dagas y espadas cortas. Esta coincidencia sugiere un declive de la arquería en favor de formas de combate cuerpo a cuerpo.

c) Las defensas calcolíticas estaban íntimamente unidas a los escenarios donde también se desarrollaban actividades de producción y de consumo, como señalamos en el caso de los bastiones huecos. En este mismo sentido, resulta difícil identificar armas especializadas: los útiles de caza (arcos y flechas) o ciertos utensilios contundentes, como las hachas

de piedra, podían ser empleadas ocasionalmente en los conflictos violentos intergrupales. A diferencia de ello, la fortificación de La Bastida parece haber sido concebida como un complejo especializado en la protección, la vigilancia y el combate. La escasez de restos de artefactos o de residuos orgánicos sugiere que en este sector del asentamiento no tuvieron lugar actividades domésticas o productivas de importancia. Así pues, la aparición de estructuras militares inmuebles (complejas fortificaciones en piedra), mantuvo una correlación con el uso de armas de mano especializadas (alabardas, espadas cortas) y, por tanto, posiblemente también con el surgimiento de grupos sociales dedicados al ejercicio de la violencia física.

Como hemos visto, la fortificación de La Bastida manifiesta una clara ruptura respecto a las defensas calcolíticas en términos de ubicación topográfica, trazado, técnicas arquitectónicas, formas de combate y, tal vez, respecto al contexto social en cuyo seno se desencadenaron los conflictos. ¿Cómo podemos entender estas discontinuidades?

Los elementos arquitectónicos más innovadores, las torres troncopiramidales macizas y, de confirmarse, la poterna rematada en arco apuntado, resultaban inéditos o extremadamente raros en la península Ibérica antes de 2200 a.n.e.. De hecho, lo mismo vale si consideramos la Europa continental y los territorios ribereños del Mediterráneo occidental y central. Para encontrar obras similares, aunque nunca idénticas, deberíamos viajar hasta la cuenca oriental del Mediterráneo y situarnos en momentos ligeramente anteriores a 2200 a.n.e. Así, por ejemplo, la ciudadela de la segunda ciudad de Troya, en el noroeste de la península de Anatolia (Turquía), en Khirbet ez-Zeraqon y Tell Husn-Pella (ambas en Jordania) o en Tell es-Sakan (Palestina), se han documentado torres cuadradas y poternas, mientras que uno u otro de

estos elementos arquitectónicos pueden encontrarse en otros yacimientos palestinos, como Tel Dan, Tell Yarmouth, Tell Dothan o Tell Bet Yerah.

Si, en cambio, nos centramos en el periodo contemporáneo a La Bastida (a partir de aproximadamente 2200 a.n.e.) los posibles paralelos disminuyen abruptamente. Muchas sociedades europeas y orientales experimentaron crisis profundas en torno a 2200 a.n.e., hasta el punto de llegar a desaparecer o abandonar el estatus urbano previo, lo cual subraya aún más la singularidad del hallazgo de Totana y la importancia de la ciudad de La Bastida en su tiempo. Tan sólo sociedades emergentes de gran pujanza, como la que habitó el centro premicénico de la isla de Egina (Grecia) en sus fases V y VI, muestran características parecidas.

El carácter rupturista de las fortificaciones de La Bastida en el contexto peninsular, unido a sus posibles paralelos orientales, no permite descartar explicaciones basadas en una intervención exterior. Ahora bien, ¿qué grado de certidumbre tendría esta hipótesis? En primer lugar, hay que señalar que algunas de las características de la Edad del Bronce y, por supuesto, también de la sociedad de El Argar (asentamientos en cerros estratégicos, tumbas individuales o dobles asociadas a los poblados), pueden rastrearse en la propia península Ibérica antes de 2200 a.n.e. Además, las únicas importaciones orientales registradas en estos momentos son el marfil de elefante sirio y, tal vez, un cierto tipo de puntas de jabalina orientales halladas en el suroeste peninsular. En contrapartida, faltan en occidente las variadas y llamativas cerámicas tan abundantes en los territorios del Egeo y de la costa sirio-palestina, así como otros tipos de objetos metálicos y figurativos propios de esta amplia región.

En suma, parece claro que las poblaciones peninsulares fueron la base de las nuevas sociedades que fueron consolidándose desde 2200 a.n.e. Aun así, cuesta explicar mediante argumentos autoctonistas las discontinuidades observadas en la arquitectura, el urbanismo y el desarrollo de los conflictos armados. Así pues, si bien no parece creíble plantear un escenario de relaciones intensas y regulares entre los extremos de la cuenca mediterránea, tampoco sería oportuno descartar de plano otros tipos de contacto. Sin duda, aclarar el papel de las comunidades locales en el surgimiento de la sociedad de El Argar es uno de los temas más interesantes en la agenda de la investigación arqueológica.

Conclusiones: la contribución de La Bastida a la historia de la violencia.

Las características y la cronología del sistema de fortificación de La Bastida obligarán a cambiar la perspectiva actual sobre el origen de las sociedades de la Edad del Bronce en Europa occidental.

a) La monumentalidad del complejo fortificado puede considerarse un “acto fundador” asociado a la emergencia de uno de los centros políticos más poderosos de la primera sociedad estatal en las tierras del Mediterráneo occidental.

b) La fortificación cuestiona los planteamientos que defienden el carácter no violento de la sociedad de El Argar. Sin negar que la monumentalidad del sistema de fortificación pudo tener que ver con la representación simbólica de un poder centralizado, el aspecto más relevante que conviene retener es que las murallas y torres desequilibraron las relaciones sociales y políticas en favor de quienes promovieron su construcción y disfrutaron de su protección. El sistema de fortificación

fue un arma especializada, la materialización de conocimientos tácticos posiblemente en manos de un estamento militar desconocido hasta entonces en estas tierras.

c) La fortificación de La Bastida fue una poderosa herramienta en manos de la clase dominante de la sociedad de El Argar. Esta clase basó el mantenimiento de sus privilegios en la capacidad para apropiarse y acumular recursos producidos en un amplio territorio. En este contexto, La Bastida constituyó un lugar central que exigía medidas excepcionales de disuasión y de protección.

Tras más de 3.500 años enterrada bajo toneladas de escombros y de sedimentos aportados por las lluvias, hoy es la fortificación la que necesita ser protegida. A tal fin, en el verano de 2013 hemos realizado una campaña destinada a consolidar los sectores más sensibles de los restos descubiertos, y a prevenir los efectos negativos de las inclemencias atmosféricas (lámina 5). Todo es poco para preservar unos hallazgos que, pese a su lejanía en el tiempo, nos hablan de problemas muy cercanos a nuestras vidas.

Agradecemos a todo el personal técnico y científico del “Proyecto La Bastida” su esfuerzo y entrega. El mismo agradecimiento es extensivo a los operarios y a los voluntarios y voluntarias que han colaborado en las tareas de excavación, limpieza y consolidación de los hallazgos de la fortificación durante las campañas de 2012 y 2013.

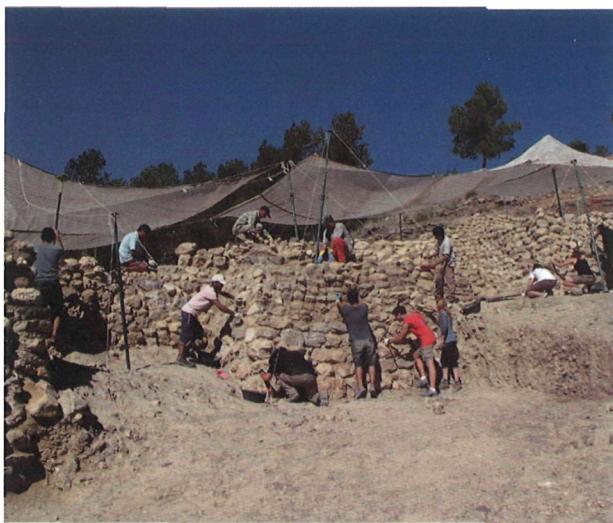
El “Proyecto La Bastida” cuenta con el apoyo y patrocinio de la Consejería de Cultura y Turismo de la Región de Murcia, el Ayuntamiento de Totana, los ministerios de Economía y Competitividad (HAR2011-25280), y de Industria, Energía y Turismo (TSI-070010-2008-133), y la Universidad Autónoma de Barcelona.

Vista de las torres nº 1 a 4 (© ASOME-UAB).





Vista frontal del sistema de fortificación de La Bastida, desde el norte (© ASOME-UAB).



Trabajos de limpieza y consolidación en la Línea 1 de la fortificación de La Bastida (verano de 2013) (© ASOME-UAB).



Vista desde el noreste del sistema de fortificación de La Bastida, antes del inicio de los trabajos de consolidación del verano de 2013 (© ASOME-UAB).



Fundación La Santa

Cuadernos de La Santa



ESTANA 2013